

LA ESTRUCTURA PSÍQUICA EN EL ADOLESCENTE, SEGÚN E. SPRANGER

Por Atilio C. Fortini, S. I. -

«El joven cree en la pureza
y en la justicia,
en la elevación de la humanidad
y en la nobleza del alma».

EDUARDO SPRANGER.

Introducción

El fin de este trabajo es reunir en una unidad nueva los rasgos más salientes de esa estructura psíquica que llamamos adolescencia, en base a la obra de EDUARDO SPRANGER: *Psicología de la edad juvenil*¹.

Vamos a procurar señalar especialmente los efectos y la raíz de ellos, las tendencias y su «anarquía», de manera de tener un punto de partida para la comprensión y por tanto para la educación del muchacho.

Al pretender bosquejar psíquicamente al joven se tropieza con la dificultad de no encontrar sino pocos rasgos definidos; se da en él una fluctuación, principalmente en los primeros años de adolescencia, por lo que podemos afirmar que la característica de ésta es no tener una característica.

El conocimiento del joven lo busca Spranger en tres hechos principalmente:

El descubrimiento del Yo.

La formación de un plan de vida.

El ingreso dentro de las distintas esferas de la vida.

La introversión es el hecho fundamental origen principal del psiquismo juvenil. Indica la aparición de la pubertad. «Es

¹ E. SPRANGER, *Psicología de la edad juvenil*, Ed. de Revista de Occidente Argentina, Buenos Aires, 1946.

señal de que se camina ya por la pubertad, al menos parcialmente, el hecho de que un niño de 9 ó 10 años empiece a hacer poesías sacándolas de su propia vida, es decir, cuando la poesía refleja la propia emoción y no es una imitación de lo ya poetizado».

Las potencias del alma han llegado a un estado que permite al niño pensar en sí mismo, hacer a su Yo objeto de su conocimiento, aprehenderse en un acto reflejo. El que aún no ha llegado a los umbrales de la adolescencia, aunque también tiene conciencia de sí, con todo no llega a verse como unidad aparte distinta del mundo que lo rodea. La vivencia del Yo despierta inmediatamente dos problemas:

1.º *La secesión del mundo.*

Es una consecuencia natural de verse a sí como unidad completa. Ahora hay dos mundos: El y todo lo que no es El.

Se experimenta la vivencia de la gran soledad... Sentimiento de melancolía. Es que se ha perdido todo eso que no es El y, como veremos en seguida, también El se ha perdido.

2.º *La incógnita del Yo.*

El aprehenderse reflejamente no significa que el joven llegue a tener de sí el conocimiento interno que puede poseer un adulto. El Yo del muchacho es fluctuante; a las veces no es un Yo, sino muchos Yo que pugnan entre sí; de donde surge el problema del autoconocimiento.

Son fenómenos de esta edad:

- a) La aparición de nuevas tendencias.
- b) La «anarquía» de las tendencias.

Las nuevas tendencias:

Un deseo de valer.

Una estima propia exagerada.

El afán de vivir su vida plenamente, con libertad. Spranger se expresa así: «Vivir su vida propia, es el evangelio de la juventud». «La voluntad de vivir y el hambre de poder son el verdadero centro de los años juveniles».

La anarquía de las tendencias

«No se ha visto que nadie haya designado los comienzos de la pubertad como años felices o hermosos».

En la evolución del hombre, la naturaleza realiza verdaderos ensayos cuya finalidad es el perfecto desarrollo del ser. No es otra cosa el balbuceo del niño, el cual va articulando los más variados sonidos en vista al futuro lenguaje. El juego es una necesidad natural, por la que el niño se va ejercitando en circunstancias variadas, y adquiere las imágenes motoras que necesitará para actuar con soltura.

La oposición y fluctuación de las tendencias es un ensayo para seleccionar la futura personalidad. De esta suerte el adolescente siente en sí, sin saber por qué, pero con la claridad de un hecho de conciencia, verdaderas antinomias, vg.:

Exceso de energía	Pereza
Descarada insolencia	Timidez
Generosidad	Egoísmo
Nobleza	Instinto destructor
Sociabilidad	Deseo de soledad
Fé en la autoridad	Innovación radical revolucionaria
Impulso aventurero	Reflexión sosegada
Arreglo cuidadoso de su presentación	Desaliño completo

Los bruscos saltos de la vida interior llevan de lo más profundo a lo más banal, y el muchacho se desorienta dando a estos estados transitorios un carácter permanente y definitivo que no tienen, y se angustia por este ser arrojado aquí y allá. Dos problemas:

El descargar de alguna manera las fuertes tendencias, y el «infinito deseo de ser comprendido».

Resumiendo lo expuesto podemos decir: el acto reflexivo sobre el Yo abre a los ojos del joven una visión nueva de sí y de las cosas. Hay un Yo que conocer y un mundo que poseer.

Examinemos el estado de las facultades anímicas al tiempo de plantearsele al joven este doble interrogante.

El intelecto

La visión abstractiva, característica de esta facultad, ha llegado a un desarrollo que le permite diferenciar los diversos sentidos que damos a los seres: bondad, belleza, utilidad, etc., así como jerarquizar los valores. El objeto formal se extiende hasta las cosas humanas en sentido estricto, o sea, a lo puramente psíquico, a las cuestiones históricas, sociales, culturales. Fácilmente comprobamos la nueva modalidad, al observar como el joven, a diferencia del niño, no se contenta con las solas figuras e historietas de las publicaciones, sino que su interés lo lleva a las más variadas secciones: deporte, política, culturales, científicas, etc. Se formula juicios propios, no se contenta con cualquier respuesta que se le dé; compara, juzga... La vivencia de los problemas teóricos ha despertado en él, como una actitud autónoma².

La inclinación filosófica es un resultado natural del despertar consciente; se quiere dar una respuesta a todos los interrogantes que la diferenciación de los diversos contenidos de sentido le plantea: el ser y el no ser, el fin propio, los deberes, la significación de la vida..., etc. Es más natural la inclinación filosófica que la científica, pues esta última limita sus soluciones a una determinada parte del total de la vida. Se filosofa sobre cualquier evento común, discutiendo dialécticamente y con calor, no sólo por conocer la verdad, sino también por el deseo de superar al arguyente.

Pero aunque ahora las cosas se analizan, se comparan, se les da un sentido personal, en una palabra: se las vive, el criterio de verdad es pobre, porque son pocos los principios especulativos que posee, y poca la experiencia. Además no sabe aplicar rectamente los principios, pues no tiene en cuenta las circunstancias, resultando así racionalista en el orden especulativo, y radicalista en el ejecutivo. «Le brota una idea de la subjetividad de la sangre» y la sostiene tenazmente, como si tuviera de ella clara evidencia de su objetividad.

² Esto último conviene solamente a las naturalezas de vida espiritual activa. Además el cansancio fisiológico, propio del desarrollo, suele retrasar la aparición de esta vivencia.

Por otra parte, y aquí aparece otra antinomia, es fácilmente sugestionable y de rápido entusiasmo; factor que suelen aprovechar los agitadores políticos presentándoles las partes más atractivas de sus ideas, y velando las verdaderas finalidades que pretenden.

La fantasía

Esa facultad tan constructiva, causa ejemplar de tantas hermosas realidades, se muestra en esta edad más activa que en ninguna otra, aunque no más eficaz, por ejemplo, en lo que al aporte a la cultura se refiere.

Los conocimientos que el joven posee son reducidos; la imaginación va llenando los huecos que hay entre los que se tienen, establece relaciones, explica lo que se ignora. Esta labor tiene como resultado, con frecuencia, que los conocimientos carezcan de la suficiente objetividad. A través de ella se contempla lo exterior y la propia persona; ésta adquiere entonces contornos ideales, resulta interesante para sí y digna de consideración por parte del prójimo; de donde los sentimientos de complacencia propia, el honor y estima exagerados, el querer ser observado y atendido.

El diario personal es para Ch. Bühler un indicio de la exagerada estima, al pretender fijar el joven, por ese medio, la continuidad de ese Yo tan digno de consideración.

Ese querer trazar la vida mediante la aplicación de pocos principios, y ese modo de mirar las cosas con la libre fantasía, explica un rasgo muy de los muchachos: pensar en utopías. Spranger dice: « toda utopía descansa en una extraña mezcla de racionalismo y fantasía ».

La voluntad

Tal vez hubiera convenido más el título de apetitos que el de voluntad, pues no nos vamos a referir solamente a ella, sino también a otras tendencias.

Hay en ese Yo, que aún no tiene destino conocido, un impulso hacia un ideal elevado, noble. El « pondus naturae », el

instinto del hombre presente en sus potencias más valiosas, para impulsarlo a adquirir su fin que es su propia perfección, actúa en la naturaleza fresca y sana del joven con el vigor de la vida nueva. Podríamos llamarlo « instinto de perfección ».

Bajo el rubro « instinto de dominio » agruparía las siguientes tendencias mencionadas por Spranger:

« Una ambición desmesurada » cuya raíz es el deseo de superar a los demás; hablamos de una mera ambición cuyo objeto es el mencionado, y que por lo mismo, debe ser estimada entre los falsos objetos de motivación, pues nunca será capaz de engendrar nada de valor. Es un deseo no de adquirir una verdadera perfección, sino simplemente de distinguirse de los demás.

« La voluntad de dominio », « el deseo de consideración », « el sentimiento exagerado del honor », « el amor a la libertad », « los impulsos bélicos », « la fuerza originada por los sentimientos de agravio ».

Refiriéndonos especialmente al acto volitivo, hay que confesar su debilidad. La tendencia más excelente del hombre aún no está consolidada; lo cual se entiende perfectamente ya se lo quiera explicar por la falta de ejercitación, ya por la falta de motivación del orden que exige la potencia, esto es, espiritual.

La afectividad

Baste recordar los sentimientos ya mencionados:

La soledad y melancolía, la angustia de la incertidumbre que provocan las encontradas direcciones de las tendencias, etc.

Resumamos la reseña hecha:

Un intelecto con pocos principios conocidos; una fantasía sumamente activa; una voluntad no consolidada, nuevas y encontradas tendencias; una afectividad muy vehemente que busca su expansión, por lo general, desordenadamente.

¿Puede el joven en estas condiciones solucionar el doble problema enunciado? La respuesta simple sería una negativa; la de Spranger es más compleja: « la concepción subjetiva de la vida es una solución provisoria que da nuestra naturaleza creadora », hasta tanto la madurez lleve a ver las cosas en su verdadero valor objetivo.

I. - HACIA UNA FORMA DE VIDA

(*Las vivencias*)

« Los deseos de la pubertad que se han fijado en el alma, se mantienen con una enorme fuerza durante todo el resto de la vida, aun cuando el desarrollo de ésta no les haya dejado espacio ».

Los momentos decisivos de la evolución psíquica son aquellos en que los seres que conocemos, abstractos o concretos, todo eso que para nosotros significa algo, o como dice Spranger, tiene un « contenido de sentido », sean cosas o hechos, se convierte en vivencias; esto es, despierta en nuestro interior actos conscientes tan intensos, que imprimen un rasgo en nuestro espíritu subjetivo, le dan una dirección, determinan una nota individuante en nuestra mentalidad, aunque no tengan necesariamente un carácter definitivo.

Para entrever la futura persona, la forma de vida, es primordial conocer cuáles son los contenidos de sentido que despiertan vivencias, y en qué circunstancias, y qué carácter tienen ellas.

Las vivencias, aunque tengan la misma dirección, por ejemplo: sean de carácter estético, tendrán diferente matiz en un sujeto de temperamento A o B. Los temperamentos son compatibles con todas las vivencias, pues no son ellos los que determinan las relaciones vitales entre el Yo y los demás seres; ellos solamente dan un colorido accidental a las operaciones del alma.

Los factores que determinan las vivencias pueden ser externos o internos. De los primeros trataremos especialmente al considerar al joven ante la sociedad.

La vivencia « metafísica » fundamental

« ¿Qué es la pubertad, sino el despertar a la vida consciente de sí mismo y del universo? ».

Planteado el problema del Yo, el joven, no sólo por mera curiosidad, sino por una necesidad, a lo menos en cuanto significa una descarga de los afectos, buscará el conocimiento de

sí mismo. « Sentirá con la fuerza de un deber » el formar ese Yo autónomo y responsable.

¿Para qué existo? ¿Qué valgo? ¿Cómo seré?... He aquí tres preguntas que se formula el muchacho. El panorama que ha abierto la reflexión es nuevo. Se adquiere una verdadera noción del tiempo. Se enlazan ahora los acontecimientos pasados, presentes y futuros, mediante ese nuevo concepto que la mutación de los seres fundamenta. Se observa la continuidad del Yo en el tiempo; se da trascendencia a las propias acciones porque « lo que haces, será algo unido a ti para siempre ». Se despierta el sentido de la responsabilidad al experimentar a su Yo causa eficiente de sus actos.

Los medios que empleará para conocerse los podemos reducir a los siguientes:

- Consideración de la naturaleza,
- Consideración de las personas,
- Consideración y experimentación de sí mismo.

Por la Naturaleza

El contacto que con ella procurará tenemos que considerarlo como una solución a dos deseos: el recuperar el « mundo » perdido, y el conocer su interior.

Se pretende restablecer los lazos de unión con esa otra unidad que es su no-Yo por el conocimiento de la Naturaleza. ¿Qué dice, qué siente ella? Y se la quiere conocer porque ella es como una imagen del alma humana, al encerrar en sí algo de la melancolía, de la soledad interior, de los anhelos del corazón, de los sentimientos religiosos. Goza en su contemplación, especialmente con los llamados « fenómenos románticos de la naturaleza »: la noche serena bajo el resplandor de la luna, el cielo estrellado, el silencio del bosque, la tormenta, el arroyo murmurante, la puesta de sol, el amanecer del día saludado por los alegres trinos de los pajaritos... Pero no es el goce estético objetivo del adulto; es un mirar las cosas a través de sí mismo, de lo que siente en ese momento; por eso está bien llamarlo goce subjetivo y sentimental. No es la Naturaleza la que comunica su vida al adolescente; ella es más bien

un fondo sobre el cual el joven hace una proyección de su alma. El día en que su afectividad duerme, la Naturaleza parece callar.

Por las personas

El contacto con ellas le interesa para verse a sí mismo en los demás. Le interesa así la carta del compañero por todo lo que de ese compañero puede aplicarse. Nunca como en esta edad se aprecian los valores especialmente en lo personal y concreto. El joven se acerca a la idea, que se encuentra en un lejano más allá, «a través del vaso mortal de una persona viviente», mediante la cual quiere presentirse a sí mismo tal como se concibe para el futuro. La amistad brota del deseo de conocerse. En el amigo no ve realmente lo que el amigo es, ni siquiera una imagen del ideal del amigo, sino una imagen ideal de sí mismo; por esta razón, por encarnar el ideal en una persona, se es muy exigente en materia de amistad. Si se comprueba que a una forma externa atrayente no corresponde un alma recta se sufre una dolorosa decepción. Solamente cuando ha avanzado más en la comprensión de los valores podrá apreciar también no solamente al bien dotado física y espiritualmente, sino al poco favorecido externamente pero probo en sus costumbres y principios morales.

Estas personas que encarnan su ideal, en las que deposita la creencia en un contenido grande y hermoso de la vida, suelen ser a las veces las más comunes y asequibles: el tío, el repartidor del almacén, un vecino...

La persona que representa el ideal tiene especial importancia cuando a este carácter se añade que el joven le reconozca autoridad moral. Estos dos rasgos, especialmente el segundo, son esenciales para el que pretenda tener la dirección espiritual³ del muchacho. En efecto «el mudo anhelo, la secreta esperanza con que el adolescente va por el mundo, es encontrar una persona que le interprete la vida no mediante teoremas generales sino comprendiéndole a él, entrando en su individualidad». Si la halla el joven se siente elevado y se-

³ No nos referimos en particular a la dirección religiosa, sino que la tomamos en un sentido más lato.

guro, «ve a través de sus ojos», le llega a imitar hasta en el arreglo de su persona. Se da una unión de verdadera amistad. En consecuencia caerá la dificultad más seria para la comprensión: el hermetismo del muchacho.

Este papel frecuentemente no lo desempeña ni el héroe, ni el sacerdote, ni el maestro, ni una persona espiritualmente perfecta —éstas a las veces poco entienden de las luchas y dificultades de los principiantes—, sino que podrá desempeñarlo un joven formal, un compañero de carácter, en el sentido de virtuoso, una mujer venerada, una muchacha de porte y pureza femeninos.

Merece señalarse el respeto que el joven guarda a la muchacha a la cual se siente atraído por afinidad de opiniones y sentimientos. Hay curiosidad por conocer esa alma, cuya diferente estructura se presume, y al mismo tiempo hay un retraimiento motivado por la timidez de ambos. «Se llega a hablar de amor pero no es más que amistad». No debemos confundir con el *flirt*, el cual se alimenta de otras fuentes, no de la erótica.

Por otra parte el apetito sexual no aparece en estas relaciones, y su presencia haría el efecto de una profanación. Esta es la característica: por íntima que sea la unión de las almas se permanece «infinitamente vergonzoso ante el otro».

«Cuando el alma está llena de la imagen de la adorada, no puede hundirse en el lodo y en el fango».

Por la experiencia de sí mismo

Una prueba del deseo de conocerse se quiere ver en la costumbre que suele aparecer en esta edad: el escribir el diario personal. Esos apuntes le van presentando imágenes de su alma, desempeñan el papel de un confidente con el que se tiene ilimitada confianza.

Paralelamente al buscarse a sí mismo hay una actitud que parece antagónica: el «huir» de sí mismo; pero se concilian ambas perfectamente, pues es un querer huir no del Yo que ha surgido, sino que todo lo que ya es harto conocido en él, por haber pertenecido a su Yo pretérito. Ya no quiere ser niño, ni

ser tratado como tal, aunque muchas veces sienta la nostalgia de ese pasado sin luchas interiores.

En el afán de aventuras ve Spranger la doble actitud: el buscarse y el huirse. Ese deseo de « dar la vuelta al mundo » es el deseo de probarse, de ver hasta dónde es capaz, de probar sus recursos, sus fuerzas. Y al mismo tiempo es un querer alejarse de ese ambiente que le está hablando del Yo antiguo. Ahora se quiere asir la vida por diversos lados, no ser siempre el mismo. Quisiera experimentar situaciones y representar caracteres diversos, a la manera de un actor de cine. Quiere un ritmo de vida acelerado, y si las circunstancias no se lo presentan fácilmente caerá en la tentación de buscarlo él mismo. Este es el origen de muchas travesuras serias, que fastidian y encolerizan a muchos adultos, que no alcanzan a ver en ellas nada más que el perverso deseo de contrariarles de ese muchacho que es un « demonio ».

Las excursiones desmedidas o con un tiempo imposible le resultan de lo más aptas para probarse.

En consonancia con estas tendencias del muchacho se desarrollan los argumentos de películas o novelas policiales y de aventuras; de ahí la gran aceptación que encuentran en el público juvenil. No son ellas, como erróneamente creen algunos, las que le contagian la « chifladura » de romper con la monotonía de la vida tranquila. Lo que sí se puede afirmar es que son un estímulo que exalta aún más la imaginación de por sí ya muy inquieta del joven.

La Erótica

« Ella es una defensa natural contra el propio envilecimiento ».

Este amor a la belleza corporal es el más natural de los sentimientos hondos del joven; la naturaleza, a quien en sí mismo siente operar, parece que lo invitara a admirar sus obras.

Podemos definir la erótica, o amor platónico, como una proyección sentimental en otra alma. La proyección sentimental es esa facultad de poder comprender el estado psíquico de otras personas y ocupar intencionalmente su lugar. Aún más:

ocupar el lugar de un objeto. Dos ejemplos, para ser breves: el hacer movimientos defensivos al ver el peligro que amenaza a otra persona; el retirar la mano al dejar caer un vaso, revelan lo que llamamos proyección sentimental.

La erótica no es una mera proyección, sino una unión psíquica con el alma que se presiente a través de la estructura del cuerpo. El cuerpo hermoso es una condición necesaria, pues sin él no habría placer estético, pero no es el « bonum » que busca la tendencia. Lo que tiene razón de causa final es el placer de la belleza.

En un estadio más avanzado de la evolución se prescinde de lo corpóreo, esto es, no se requiere el cuerpo como imagen sensible de la belleza espiritual.

Esta vivencia es de un carácter completamente ajeno a lo sexual. Hay una verdadera separación entre la esfera sexual y la erótica en la conciencia del adolescente. Esta es una afirmación que Spranger subraya. Más aún: la erótica constituye una defensa contra el propio envilecimiento que el desorden sexual podría producir, pues es « un amar de lejos » que no busca la unión física, y por lo mismo no enciende celos. A nadie le despierta celos el que otro se goce con la contemplación de un paisaje bello.

El objeto, pues, de la erótica es distinto, más correctamente: diferente, al de la excitación sexual. De no ser así se seguiría un doble perjuicio: la sexualización de lo erótico destruiría el amor ideal, y por otra parte no se lograría aún una elevación o erotización de la unión corporal, la cual, si no va acompañada de unión psíquica, y por la parte física de la generación de una nueva vida, « carece de sentido y es innoble ». Tan diferentes son los objetos de una y otra tendencia que todo deseo de contacto, cuando emerge, es ásperamente reprimido por el eros o amor platónico.

Esta separación de las vivencias desaparece después de algunos años, pues de no ser así, sería en desmedro de la perfección de la naturaleza humana, ya que faltaría la tendencia fundamental: la unión psíquico-corporal « en el misterio de la generación de una nueva vida ».

En este capítulo Spranger se pregunta: ¿Cuál es la raíz

de la idealización en el joven? Este no siempre, pero sí cuando mira las cosas desde el fondo de su alma, da a los seres contornos ideales. La facultad de ver de este modo ¿tenemos que considerarla como una tendencia general del espíritu que se abre a una nueva vida y que desea embellecer y transfigurar las personas y cosas que le rodean, o es una consecuencia de la unión psíquica y estética con otra alma la que despierta este entusiasmo que arroja sobre el ambiente una suave luz rosada? Spranger no se atreve a decidir la cuestión, pero « para no apartarse de las ideas reinantes » admite « que la erótica en la adolescencia es la raíz de toda idealización ».

La sexualidad

« El primer sentimiento que produce traspasar la cubierta de estos "misterios", es el terror y el espanto ».

Al llegar a este punto parece oportuno transcribir un principio que asienta el autor: « no todos los fenómenos psíquicos de la pubertad pueden derivarse de los procesos fisiológicos de la evolución ». En la parte anímica se presentan formas nuevas, que no pueden atribuirse, o en palabra de Spranger, « no pueden ser consideradas variables dependientes del desarrollo sexual ».

Dos posiciones rechaza explícitamente en esta materia: « Sólo me vuelvo contra dos teorías: contra la groseramente materialista de que la evolución psíquica es un « mero reflejo », « un mero fenómeno concomitante », de la evolución corporal única esencial y fundamental; y contra la teoría algo más fina, pero igualmente errónea, de que se pueden comprender las transformaciones psíquicas por la iniciación o intensificación de la actividad glandular ».

Al definir su concepto sobre sexualidad toma una posición media: rechaza por demasiado estrecha la posición que entiende por sexuales únicamente todos aquellos fenómenos que tienen relación con los actos de la reproducción, o con la diferencia fisiológica entre hombre y mujer; concepto que deja al margen una serie de fenómenos como las vivencias sexuales infan-

tiles, la homosexualidad, la masturbación, el fetichismo, los cuales evidentemente pertenecen a la esfera sexual.

Y rechaza también el otro extremo: la posición freudiana, para quien el instinto sexual sería el centro de la vida entera, y lo espiritual, en cualquiera de sus aspectos, no sería más que una sublimación de lo sexual (Pansexualismo). Para el autor el concepto de sexualidad significa: en el orden psíquico, las vivencias e impulsos del placer sensible de carácter libidinoso; en el orden corporal, los órganos y funciones que se encuentran relacionados, en forma permanente o transitoria, con las vivencias mencionadas. El centro psico-físico de la esfera sexual está constituido, en lo físico, por los órganos genitales, y en lo psíquico, por las excitaciones sensibles o sensaciones cuya sede está en dichos órganos.

Decir que el signo distintivo de la pubertad es el haber alcanzado los órganos genitales un apto desarrollo y el haber aparecido excitaciones psíquicas de matiz sexual, es para Spranger « una opinión inverosímil ».

Suponiendo que el joven no haya tenido prematuras experiencias sexuales, antes del estadio que marca una apta evolución, podemos afirmar que el despertar de la tendencia sexual bien diferenciada de las demás se presenta en forma repentina, produciendo un primer sentimiento de « terror y espanto », cuyo origen no es un remordimiento de conciencia, el influjo de una educación. El placer en sí, la sensación, no puede como tal despertarlos; pero esa especie de misterio de la naturaleza causa el efecto de un acto vergonzoso. « La verdadera vergüenza despierta, a la vez que la nueva dirección de las vivencias ». Son las irradiaciones psíquicas de esta vivencia, que al mostrar al joven un aspecto tan nuevo de sí, tan inusitado, produce una profunda conmoción e influye en toda la vida espiritual del muchacho. Este aspecto del Yo es el secreto que él querrá guardar más íntimamente, y que lo tornará hermético aun con sus propios padres. Se levantan barreras, que sólo « un grande y puro amor » podrá pasar.

Hay fundamento para ver en este temor de comunicar su interior la razón psíquica del onanismo. El encerramiento se

manifiesta bajo formas de pesimismo y melancolía, de temor a las personas, timidez, cortedad y en grado mayor misantropía.

Ni una ilustración seria y consciente de los fenómenos sexuales, ni las advertencias médicas que se quieran, podrán, según Spranger, resolver adecuadamente la crisis psíquica que esta vivencia despertará en el joven; y esto por dos razones: en primer lugar no lograrán desviar la fuerza del impulso, y en segundo lugar, podrán lograr que el muchacho comprenda los procesos externos de la sexualidad, pero no conseguirán que vea el profundo significado que para la vida tienen estas vivencias; porque eso implicaría un grado de desarrollo intelectual que aún no ha alcanzado. Al no encontrar, por tanto, en esos nuevos fenómenos un sentido ideal y noble, el intelecto no se aquieta y se desarrolla una lucha interior «desesperada y siempre peligrosa». La carga afectiva es intensa, y a menudo la fantasía da vueltas sobre estas vivencias, presentando imágenes incitantes y a veces lascivas. Este estado psíquico puede terminar en un apetito que se desborde por el lado de menor resistencia. Este camino más fácil generalmente es el onanismo.

El hecho de que tantos muchachos sucumban a la masturbación se explica por lo anotado arriba y además, entre otras razones, por la voluntad débil, por la falta de tareas importantes y por la falta de un amor grande. «Sólo pueden salvar aquí fuertes contrapesos ideales, que necesitan, empero, haber despertado antes de esta embriaguez».

No podemos detenernos a considerar este vicio tan largamente como lo hace Spranger en el Cap. V, pero no podemos pasar por alto el siguiente párrafo: «Este (el onanismo) no sólo estropea la sangre, sino que destruye las fuerzas creadoras y la integridad del alma. Es de hecho, como dice Birnbaum, un gusano voraz que roe lo más noble, intensifica el asco al mundo, a los hombres, a sí mismo, hasta abatir por completo las fuerzas de la fé y las energías abnegadas de la vida».

La vivencia central: la religiosidad

«Toda lucha con los últimos valores es religiosa, y por consiguiente lo es todo el proceso genético del espíritu, en el hombre».

Por vivencia religiosa entendemos todo aquello cuyo contenido encierra la solución postrema, el sentido último de la existencia propia y del cosmos.

Ellas se refieren no a un sector parcial de la vida propia y del mundo, sino que envuelven la totalidad de la vida subjetiva y del orden del universo.

Favorecen el sentir religioso: los sentimientos que despierta la contingencia de los seres que conocemos, la limitación de las perfecciones, las antinomias entre el curso del mundo, la vida propia y el ideal forjado, el trabajo en favor de una gran misión vital, el placer estético de la naturaleza, etc.

Por pequeño que haya sido el cultivo religioso del niño, los primeros años de la adolescencia se caracterizan por el interés religioso. Resulta en concordancia con las inquietudes y problemas nuevos, esta actitud de interés. Es instintiva al hombre la búsqueda de la verdad en todo tiempo; en esta época de florecimiento vigoroso, en que se desea una respuesta a la doble incógnita del Yo y de todo lo que no es ese Yo, la religión le proporciona al espíritu inquisidor, anhelante de conocimiento, una solución integral de la vida; por esto nada contribuye tanto a dar unidad a los diversos sentimientos, aún tan disociados en el joven, como la vivencia religiosa; y por tanto nada también contribuye tanto a la formación de la personalidad. Spranger afirma que el paso decisivo en la evolución juvenil lo da el muchacho al definir su actitud religiosa en alguna de las tres formas siguientes:

Pasar de la religiosidad infantil a la vacuidad e indiferencia religiosa.

Romper con la religiosidad que hasta ahí tenía y tomar una actitud antagónica.

Reafirmar la fé adquirida.

Si la erótica es el fundamento de toda idealización, la fuerza que anima todos los entusiasmos juveniles, tengan éstos ca-

rácter político, patriótico, estético, etc., es de carácter ético-religiosa.

Formas de orientación espiritual

(Sentimientos vitales)

« En los años juveniles existen, no como actitudes conscientemente afirmadas ante la vida, sino como direcciones oscuras, pero fuertes ».

Spranger clasifica ocho tipos juveniles, sin pretender, por supuesto, abarcar las infinitas modalidades de carácter y acción que caracterizan a los jóvenes. Lo hace teniendo como criterio un sentimiento preponderante del Yo y de las cosas, que se tiene antes de todo estudio reflexivo y formativo de la propia persona. Considerando pues como nota individuante principal el sentimiento vital que prima entre los demás, que manifiesta la preponderancia de un modo en nuestra relación con los seres y en nuestra apreciación personal de los valores, establece sus « formas » de vida juveniles. Esta clasificación no se hace, como tal vez podría creerse por la expresión « sentimiento vital », en base a una mera diferencia en la vida afectiva, sino que debe considerarse como una actitud resultante de todas las potencias del alma.

1.ª Los de sentimientos corporales.

Tiene preponderancia la vivencia corporal sobre la espiritual. Se vive el cuerpo, aunque también hay cabida para lo espiritual en diversos grados. Entre los menos espirituales hay que contar al joven deportista, pero con todo, en los mismos ejercicios deportivos, su alma un tanto relegada por la primacía del cuerpo vibra fuertemente. Suele darse también un momento religioso intensamente místico⁴.

2.ª El « entusiasta estético ».

Es el tipo más generalizado de joven. Es casi una necesidad evolutiva del alma que florece. Es mirar al mundo a través de una fantasía que todo lo anima y eleva con una for-

⁴ No se concluya nada contra el deporte ordenado, de suyo tan excelente.

ma de belleza. Se funda en una relación de simpatía con la naturaleza y en el amor erótico.

3.ª El tipo « problemático ».

A todo lo que pasa le dirige una mirada escrutadora, analizadora. Lo que vive lo hace pensamiento, lo que siente lo convierte en problema. No es ciertamente una actividad laudable hacer de la vida un problema y nada más que problema. A veces esta actitud es una manifestación de pereza o debilidad, pues en vez de tomar una posición favorable al trabajo y a la lucha, se diluye en reflexiones la riqueza de la existencia. Fácilmente estos tipos caen en la desorientación y en el escepticismo.

Las tres formas señaladas pertenecen al grupo « contemplativo »; las cinco siguientes al grupo « activo », que presenta una estructura psíquica más sencilla: sus formas no encierran tantos problemas como las del grupo « contemplativo ».

4.ª Los contentos con su profesión y afanosos de ganancias.

Son realistas, siguen sin rodeos el camino que conduce a la obtención de un puesto en la sociedad. Las decepciones no los paralizan como a los « entusiastas » y a los « problemáticos ».

El peligro para estos sujetos realistas, o mejor « americanistas », es querer convertir todo en negocio, en progreso, con detrimento de valores de un orden superior.

5.ª Los activos y dominadores (afanosos de hazañas).

La utilidad, el lucro poco les interesa, en contraposición con los anteriores.

Si se da solamente la estructura « hacer », tenemos un tipo sano y útil por su espíritu de colaboración en la cultura; pero por lo general primará el sentimiento egótico de buscarse a sí

mismo, de reivindicar «lo que él vale». Se acarician planes desmedidos; el tipo Alejandro, que a los veinte años se lamentaba de no haber hecho nada que lo inmortalizara, se repite en diversas escalas muy a menudo.

Pertenecen a este tipo los jefes, conductores, libertadores, agitadores de clases, etc.

El peligro para estos sujetos radica en el afán desmesurado de acción, ya que, como anotamos en otra parte, no suelen tener en cuenta las circunstancias que hacen variar la aplicación de los principios; ni cuentan con ese factor tan aleccionador de la experiencia. El joven ignora cuánto va de soñar un plan a la realización del mismo. Esta exige un trabajo atento y constante, y cierta capacidad, como elementos indispensables. «Querer no significa hacer», anota Spranger, y «la madurez, es resultado de una labor llena de renunciaciones, atada a la obra diaria, sustentada en el celo que no palidece ante ningún esfuerzo».

Cuando la ambición representa la vivencia predominante en la vida, hay dos peligros: uno es fallar, y el otro, en el afán de éxito, emplear medios indignos y aún inmorales.

6.^a *El tipo «amoroso».*

El amor en estos sujetos toma posesión del alma como fuerza que todo lo domina. Hagamos la salvedad que no nos reterremos a sujetos que por inercia continúan muy aferrados al propio hogar. Hablamos de una energía espiritual que lleva a ser generosos con los demás haciendo de su persona una oblación en bien de sus semejantes.

Este sentimiento, como se colige fácilmente, es de los más raros en los jóvenes por la razón de siempre: su mirada se dirige más a sí que a los demás.

7.^a *Los entusiastas morales.*

«Su centro es la voluntad de pureza moral». Se desea encarnar el ideal de probidad. Se manifiesta este sentimiento vital por un deseo de autodisciplina, de formación del propio ca-

rácter. Esta voluntad se dirige en segundo lugar a las demás personas. En uno y otro caso con el radicalismo propio de la edad: el bien a sangre y fuego, si es necesario; con todo frecuentemente se atempera esta rigidez al tratar de la propia perfección.

8.^a *El tipo «religioso».*

Toda honda vivencia tiene en el fondo un sentido religioso, por tanto no vamos a considerar todos los aspectos posibles de este sentimiento vital, sino simplemente dos aspectos: el sentido religioso «trascendente» y el «inmanente».

a) *El trascendente.*

Es un mirar metafísico que trasciende las formas sensibles. No es un mirar a Dios a través de sus obras, sino un negar la realidad existente, en el sentido que no se quiere incluir en su Yo nada más que a ese Dios para él tan lejano; por eso en sus relaciones sociales este tipo resulta egoísta, cruel, anárquico. Experimenta por otra parte que Dios se le aleja, de donde se siente más solo y suele llegar a una autodivinización, a la justificación de lo impuro que lleva en sí mismo, degenerando en lo que Spranger llama «místico sexual».

b) *El inmanente.*

Este tipo mira las cosas que le rodean, pero no se queda en ellas, sino que a través de las creaturas trasciende al Creador como a término final, en el cual hallará toda la plenitud que ansía el espíritu. Este mirar así la realidad conduce a la posesión de la paz, que produce el haber sintonizado con el sentido total de la Creación.

II. - ANTE LA SOCIEDAD

(Factores externos)

«El sino de esta época de la vida, es no ser tomada en serio».

La forma de vida es la resultante de dos fuerzas componentes: las tendencias internas y el ambiente en que se desarro-

lla la existencia. Para comprender la influencia de este último vamos a considerar brevemente la estructura de la sociedad actual, esencialmente la que presenta en los grandes centros de población, y por otra parte, lo que la sociedad suele ver en el adolescente.

Estructura de la sociedad

Especialmente en las grandes ciudades su forma representa un estado avanzado de evolución, que la mente del joven no logra comprender. El joven quiere soltura y libertad, y encuentra todo organizado y reglamentado; todo «legislado», desde las supremas leyes del Estado hasta las de urbanidad familiar. «Quiere asir la vida por muchos lados» y la sociedad actual solicita una actividad unilateral generalmente. Este aspecto aparece nítidamente expuesto al considerar el trabajo en las grandes fábricas. El trabajo especializado, en el sentido de subdividido y mecanizado, impide, o mejor roba al operario aquello a lo que tiene más derecho, esa remuneración natural que la obra hecha entrega como recompensa a aquél de quien recibió su «forma»: el goce de haber comunicado una perfección a otro ser. El trabajo responde también al anhelo de perfección del hombre, pero esta finalidad pierde todo su sentido al transformarse el operario en un instrumento de la máquina a la cual corresponde la parte principal de la obra, ya que, como es dable observar en infinidad de trabajos, el obrero queda relegado al oficio de «acomodador» de las operaciones de la máquina. En una palabra: adquiere más «personalidad» el torno automático o la laminadora que el operario.

En la sociedad, además, se individualizan a veces las aglomeraciones de hombres, con detrimento de la individuación de cada uno de los componentes: el joven, por su parte, tiene más cualidades para las relaciones individuales, esto es, donde el propio Yo adquiere relieve que lo distinga, que para las sobrepersonales en las que se diluye mucho la personalidad individual del sujeto.

Ante la sociedad el joven experimentará una nueva antinomia: la desproporción entre su empuje vital y la poca influencia que puede ejercer en ese medio que lo sobrepasa; más bre-

vemente: entre la fuerza psico-física que experimenta y su impotencia social. Antinomia que adquiere carácter de problema cuando los adultos, como pasa frecuentemente, no toman en serio las actitudes del muchacho. Puede nacer un antagonismo cuya influencia en el psiquismo del joven impedirá que éste colabore en la cultura de la sociedad.

La incompreensión consiste en que no se le reconoce el carácter que él desea tener. En su casa, en efecto, sigue siendo «el nene»; en la escuela, el alumno con toda la dependencia que esta condición implica; en el trabajo, el aprendiz; en la vida social, un personaje secundario o un «atolondrado». Verdad es que hay fundamento para explicarnos la incompreensión que sufre; no así para justificarla. El estado de desarrollo morfológico no ayuda a granjearse simpatías, ya que, como vulgarmente se dice, es la edad «ingrata», o sea no hay mucha armonía de líneas; recordemos algunas figuras longilíneas, sin la gracia de los niños ni la reciedumbre agradable del hombre, con un bozo que no se sabe si afeitarse o no, con una voz a veces demasiado ronca para esa cara, etc., etc. Menos aún ayudan para ganarse simpatías las «poses» afectadas con que el muchacho pretende «impresionar», señalarse. El punto de partida del choque con la sociedad es el «querer valer», el querer dominar. Por este lado tiene todas las manifestaciones que este instinto connota en la niñez: terquedad, deseo de consideración, sentimiento social del honor, impulsos bélicos, etc.; y además otras propias de esta edad, que suelen ser antagónicas entre sí. Unas veces quiere hacer impresión con el acicalamiento, otras se presenta con un desaliño incivil; la bien peinada cabellera y la revuelta y descuidada tienen una misma finalidad: hacer impresión. El joven del campo con su reluciente facón en la faja, el estudiante con su impecable traje de última moda y el deportista semidesnudo pretenden lo mismo: imponerse a los demás cautivando, si no la admiración, al menos la atención por unos instantes.

Otras manifestaciones hay que recordar, mediante las cuales desea malamente expresar la «plenitud de sus derechos»: el escupir con frecuencia, símbolo de la poca consideración que merecen los circunstantes; fanfarronear, es de las más gene-

ralizadas: al pasar se le oyen enfáticos discursos pronunciados con acento recio, en el cual resuena una « terrible seguridad » en el juicio. A veces se alardea de los propios vicios para no exponerse a ser menospreciado como héroe de la virtud. Estos rasgos, por otra parte, señalan una dirección bien marcada de la actual personalidad: ya no se quiere ser niño, ni que como a tal lo traten. Ser niño le resulta un « minus » que el instinto de valer repelerá.

Proferir palabras groseras, fumar, beber son otras tantas falsas manifestaciones de hombría, mediante las cuales el incipiente Yo busca ubicarse, abrirse camino entre los demás.

Nada más contrario a la tendencia mencionada que la desconsideración del medio. Las exigencias de que se hace objeto a los demás en lo que se refiere a esta materia revelan no solamente estima propia exagerada proveniente del impulso de valer, etc., sino que constituyen una prueba de la falta de confianza en el propio valer, ya que no se sabe a ciencia cierta con qué fuerzas y recursos se puede contar. Al ignorar pues su capacidad verdadera se es más exigente en la consideración de su persona.

Se es exigente además con la sociedad, por ese ver las cosas de la fantasía en un plano ideal. Ya nos referimos a esto al hablar del amigo. El « racionalismo » que anotamos al hablar del intelecto, le da, a menudo la nota de « fanático de la verdad » y por tanto inflexible en sus juicios.

Presentadas las estructuras de la sociedad y del adolescente, nos explicamos la posibilidad de los choques; más aún, generalmente debemos esperarlos, y en muchos casos no sería indicio de una naturaleza vigorosa la ausencia de ellos.

Los conflictos se pueden resolver en una secesión de la sociedad; los últimos motivos de las « barras » de vagabundos, a veces hay que considerarlos como una respuesta agresiva de los muchachos a la desconsideración del medio y como señal de emancipación de su tutela. El elemento positivo de esta actitud es el querer ser considerados útiles y necesarios, el conseguir un puesto, el ser algo.

En todo joven sano alienta un sentido heroico de la vida; se desea desempeñar un papel de importancia: un gran inven-

tor, descubridor, político... lo más íntimo y querido es su ideal; y precisamente el desconocimiento y desconsideración de la sociedad hiere esto tan querido: ¡el ideal!

Los fracasos del joven desde luego no siempre se deben atribuir al prójimo; ellos se explican en muchas ocasiones por la desproporción entre sus aspiraciones desmedidas y lo que realmente vale. Con todo, la culpa del fracaso él no la atribuirá a esta razón, sino más bien a aquéllos de quienes ha dependido principalmente su vida, esto es: sus padres. Al padre, a quien tiene que consultar en la elección de carrera, de quien depende en lo económico, que vigila sus primeros ensayos amorosos, a quien debe dar cuenta de sus cosas, lo mirará con una secreta hostilidad. Atribuir este fenómeno de secesión a una supuesta relación sexual con la madre, como lo hace Freud, es para Spranger « completamente desatinado ». Se reduce simplemente a un problema surgido de la incomprensión del medio por un lado, y las desmedidas exigencias del joven por otra.

Otra explicación también podría darse para explicar los conflictos sociales. Spranger ve en las generaciones nuevas un impulso a realizar lo que no ejecutó la anterior. Por eso, dice, los hijos gustan seguir una carrera diversa a la de sus padres.

En el conflicto con el padre hay una especie de misterio: Hay en esa aversión hacia su progenitor algo del fuego inextinguible del amor. Hay algo parecido a lo que pasa con ese misterio que llamamos Dios. ¿No está El siempre en nosotros, en nuestros más íntimos movimientos, sin que necesitemos más que buscarle?... La actitud del padre en estos casos, si quiere ser educativa, debe asumir una forma aparentemente negativa. Tanto más eficaz será cuanto mejor deje traducir este pensamiento: « Aquí estaré siempre para ti si algún día me buscas ». Si hubiese otro camino más eficaz la humanidad se hubiera hecho más avisada en el transcurso de los siglos.

Esta actitud del padre no es un cruzarse de brazos frente a los problemas del hijo; ella indica en primer término la delicadeza que es necesario usar con el muchacho, dada su gran susceptibilidad para afectarse aún con las palabras mejor intencionadas. Por un motivo que para los adultos no tiene ninguna fuerza, el joven puede albergar un rencor indeleble.

Los conatos de rebeldía tienen su remedio en una práctica que la experiencia pedagógica ha confirmado: dar a los jóvenes un puesto de responsabilidad, de confianza, por el que entiendan que se hace caso de ellos y de sus «derechos». Una medida sana y de carácter general es el proporcionarles una vida más libre, más en consonancia con lo que pide la naturaleza en este estado del desarrollo. La juventud se presenta como una fuerza pujante que de algún modo debe expansionarse; las perturbaciones en el desarrollo normal radican por lo general allí donde el adolescente entró en contacto con la sociedad de los adultos. Llegar a encontrar ese punto de distorsión, sin caer en el pansexualismo, es la base para una reeducación, y mérito, como dice Spranger, de Alfredo Adler. Los sentimientos de agravio, esto es, de inferioridad, impulsan las energías psíquicas en otra dirección por la que el camino no está cerrado. El afán de estimación, cuando no es satisfecho en un círculo, se traslada a otro círculo social, o se manifiesta en un impulso agresivo, o bien negativo (se rechaza, como por sistema, todo) o conduce al goce egoísta de la soledad. Hay que conocer estas leyes de la formación de la motivación, para comprender las extrañas aberraciones en los planes de vida de los adolescentes. La reserva sin límites de esta edad procurará ocultar el interior, al exterior aparecerán manifestaciones de terquedad u hostilidad. Muchos propósitos extravagantes sólo se explican por la negativa a una cosa impuesta desde afuera. Lo que se busca es: «he de obrar de suerte que, en último término, sea Yo el dueño de la situación». Las consecuencias del resentimiento son tan importantes como el llegar a perder la fé en los ideales; y en algunos casos el sentimiento herido de la propia dignidad, echando mano de un sustitutivo que permita salvar una parte de lo ansiado, puede elegir, dice el autor, el suicidio por el solo placer de representarse el tormento que deparará a la persona que lo humilló. La represión de los impulsos, cuando se hace desordenadamente, como el que los aplastara sin más, trae como consecuencia que ellos sigan obrando en lo inconsciente y constituyan verdaderas líneas directrices de la conducta del hombre. Son las llamadas formas indirectas de motivación.

III. - REFLEXIONES...

(Para la educación)

«El único método de educación en estos años es la comprensión elevadora».

Presentada la estructura juvenil, tenemos la pauta principal para resolver los problemas que se ofrecen en la formación integral del muchacho.

El fin de este trabajo ha sido entresacar esos rasgos básicos de entre las largas y profundas reflexiones psicológicas y filosóficas de Eduardo Spranger. Con todo, vamos a considerar también algunas cuestiones particulares, ya porque contribuirán a la mejor intelección de la doctrina expuesta, ya por su importancia fundamental o bien finalmente por el valor pedagógico, carácter constructivo y lógica consecuencia con la misma doctrina, de las soluciones propuestas por el autor.

«El joven cree en la pureza y en la justicia, en la humanidad y en la nobleza del alma».

Este pensamiento expresa exactamente la impresión alentadora que deja el libro en el ánimo del lector con miras educativas. En toda tendencia peligrosa, en todo conflicto, no deja de señalar el lado positivo aprovechable para construir o al menos para reconstruir.

Esa imagen fluctuante del joven ¿ha dejado en nosotros alguna nota saliente que lo caracterice? Tal vez nos haya quedado la impresión egótica contenida en la frase: El joven tiene muy fuerte la estructura «Yo», no así la «nosotros» o «vosotros»... «es un ser que se busca a sí mismo»... La impresión estaría justificada y confirmada por esos arrostos de petulancia e imposición, unas veces, por la secesión y retraimiento hasta de las personas a quienes debe más gratitud. ¿Podemos aún en estas actitudes encontrar elementos positivos?

Reconocida la tendencia egocéntrica, contraponemos a ella la fuerza que un ideal, propuesto al joven como lo exige su sentimiento heroico de la vida, despierta. Nadie ignora el valor con que los jóvenes se han batido en las batallas de todos los tiempos, su fidelidad a los caudillos, etc. El atractivo de un ideal

de contenido entusiasta supera la tendencia individualista. La visión bella y optimista del joven parece que refuerza el instinto de perfección, para que aun a costa de lo más querido: la propia existencia, vaya tras los verdaderos bienes, cuya búsqueda y posesión da sentido y ennoblece la vida.

Los motivos que se le proponen deben estar fundamentados en razones. Es inútil decirle que «la experiencia lo prueba»; porque la experiencia es algo intransferible y no llega al valor de razón en esta época en que casi no se la conoce. Pero por otra parte las razones, aunque en sí tengan valor objetivo, pierden mucho de su peso si el que las propone es un sujeto adocenado, de vida sin esfuerzos meritorios. El joven ciertamente tiene razón al negar a la mera edad el derecho de ser criterio suficiente de verdad, pero yerra al no querer confesar su ignorancia de la vida, o no admitir que la experiencia de la misma no puede ser reemplazada ni por el talento ni por los presentimientos.

Al joven hay que proponerle las cosas más que imponerle, pues todo conato de imposición es causa de perturbaciones y puede estrellarse contra el «anarquismo» del muchacho. En esta edad el hombre elige a su arbitrio los influjos a los que permitirá una acción educadora. Los esfuerzos por tanto deben dirigirse a fortalecer en él la voluntad de autoeducación. Esto es lo que se proponía Sócrates al enseñar la reflexión sobre uno mismo; el que se pone delante de sus ojos su persona, fácilmente trabajará en la formación de su Yo. Esta doctrina está confirmada por los testimonios que dan los «diarios» de los jóvenes, en los cuales se revela la seriedad con que toman la tarea de la autodisciplina.

Existe una imposición disimulada que no despertará una reacción violenta pero que no deja por eso de producir malos resultados; nos referimos a la excesiva influencia psíquica del padre o de la madre, en cuanto quieren como ocupar el lugar del hijo en la lucha por la formación de la personalidad; el joven se acostumbra a que le resuelvan todos los problemas interiores con detrimento de la evolución de la propia capacidad psíquica. De esta suerte no llegará a tener la necesaria confianza en sí mismo, tan valiosa para afrontar la vida. En estas con-

diciones vive bajo una especie de sugestión no grata, y la separación de las personas de las que con tanta estrechez depende produce un sentimiento de vacío e inseguridad, de alivio y liberación.

La fórmula general del educador debe ser: *comprensión elevadora*. El joven quiere ser comprendido porque así se forma; porque comprender es librarle de esa carga afectiva que a veces le agobia; es darle a entender lo naturales que son los diversos estados por los que atraviesa su alma; es jerarquizar las tendencias, ordenarlas, fomentar unas, encauzar otras; de manera que el joven llegue a una «forma» de vida que represente un conjunto armónico de potencias bien desarrolladas, una actitud total del alma dirigida no en un solo sentido de valores, pues esto a la larga conduce al fracaso, sino que ella sea la resultante de un enfoque amplio en el que quepan, jerarquizados, los diversos contenidos de sentido cuya vivencia enriquece el espíritu. Comprender es mostrar interés por el bien y por los asuntos del muchacho; a veces bastará el solo prestarle un poco de atención a sus «proyectos», porque tal vez no mucho tiempo después cambie de parecer y no realice el «plan» que hacía sonreír o estremecer a los adultos. Es saber aprovechar lo que llamamos elemento positivo; el afán de dominio es elemento positivo cuando se le da al muchacho un cargo proporcionado y que constituya una prueba de la confianza que se deposita en él. La secesión de la sociedad es manifestación de la justa aspiración a conseguir un puesto, a ser considerados útiles. Hay por tanto que darles paso; facilitarles el esfuerzo hacia una posición que implique un valor; y aunque parezca poco ascético, hay que satisfacer ese poquito de «brillo y oropel» que ellos buscan, proporcionándoles una vida más libre que la que suele imponer nuestro «prosaico y rígido mundo del trabajo». «Se impone facilitar a la juventud una vida propia en que sus impulsos y emociones evolutivamente necesarios puedan descargar sin destruir». «El joven no puede renunciar a la alegría de la vida, necesita un elevado sentimiento de ella y un gozoso éxito en la vida». Si vive en circunstancias que no le permitan alimentar un ideal bello y elevado, no debemos admirarnos que mire con encono la socie-

dad que le rodea. Los destructores de la vida social son siempre desesperados que no han tenido participación en los bienes de esta vida ».

« Por eso, hay que extraer de ellos lo positivo y darles un espacio en que puedan llevar una vida sana ».

El exagerado sentimiento del honor puede constituir el « más fino autorregulador moral de la persona ». Abandonado a la subjetividad del joven, es deformante; robustecido y orientado como una ambición justa, puede representar una fuerza fecunda y noble de superación, y una defensa contra el relajamiento moral ante sí y la sociedad.

Detrás de las molestas manifestaciones de terquedad, resistencia, contradicción, placer de destrucción, y otras, hay una superabundancia de fuerzas o al menos un sentimiento subjetivo de ellas tan necesario para la evolución psíquica, que sus manifestaciones nunca deberían ser simplemente coartadas. ¿Qué significa aquí educar? Comprender que las manifestaciones de contradicción e independencia son necesarias y no han de ser tomadas como simple malevolencia del joven.

La descarga afectiva tiene trascendencia, pues si no la logra por medio del diario personal, la poesía, teatro, música, etc., lo hará por el « vértigo dionisiaco ». El solo saber que hay quien lo entienda, que sus estados de ánimo y tendencias tienen carácter normal y sano, le devolverá la quietud.

En la poesía, el arte más natural al adolescente, él se goza porque « se siente y se forma ».

El teatro proporciona una vida rica en circunstancias diversas, le da participación en formas de existencia que de otra manera nunca podría alcanzar en el reducido marco de la propia vida. Las situaciones que más aprecia son aquellas en las que no solamente pasa algo exteriormente, sino que enseñan el vivir, el querer y el luchar humanos.

En general podemos decir que en el arte lo que busca es el expresarse a sí mismo.

Comprender, en muchas circunstancias, será pensar por adelantado lo que el muchacho pensará más adelante. En efecto, la falsa valorización puede llevar a fracasos. Consideremos, por ejemplo, el problema de la elección de profesión.

El criterio suele ser simplemente el gusto, la moda; apenas hay joven de condiciones físicas normales que no aspire a ser militar, deportista, explorador.

A la falsa valorización se une el deseo de sobresalir. A veces el haber triunfado aparentemente en un estudio, no por estar él encuadrado en su vocación natural, sino por haber sido estimulado por algún elogio del profesor a estudiar con ahínco, le persuade que la fama de « ingeniero » o « médico » en ciertos que le hacen los condiscípulos tiene un verdadero fundamento en sus aptitudes naturales.

También es ocasión de errar la precipitación por lograr independencia económica. El emplear varios años en adquirir una técnica que lo capacite le resulta muy largo; mejor será entonces un empleo remunerativo que inmediatamente lo independice...

Otro falso criterio de elección es no sólo no considerar las cualidades propias, sino apreciar la conveniencia o inconveniencia por el éxito de Fulano o Mengano: mi tío es un hombre de fortuna y de figuración social, y es ingeniero; por tanto yo debo ser ingeniero. Mi padrino apenas puede sostener a la familia y es médico; por tanto yo no seré médico.

El educador debe observar en cuanto pueda si la inclinación del joven radica solamente en un estado psicológico pasajero, o si aparece como un efecto natural de sus cualidades. La recta elección es importante porque la preferencia por una carrera se fija fuertemente en él, y si ella no responde a su vocación natural puede conducir a la pérdida de la confianza y de la fé en una existencia valiosa; puede crear una tendencia a la propia desvalorización. Este factor psicológico entra en juego en toda abyección sexual. « La bajeza es afirmada en el interior por un pesimismo que pone en duda los valores superiores. Se quiere ser así en ese momento, para hacerse más fácil la vida. Se trata pues de una retirada ante los imperativos superiores ».

Si admitimos en el joven un gran anhelo de vivir, de ser y hacer algo, podemos concluir que la formación debe ser preferentemente positiva. Si en el niño es inútil la educación negativa sin imágenes motoras, como la aparentemente positiva: ¡Sé

educado, nene! ¡Sé atento...! en el joven es ineficaz la que se hace sin imágenes ideales y sin razones, y la negativa que conduzca a una abstención. ¿Qué aceptación puede tener en el corazón del muchacho una recomendación de este estilo?: ¡Huye de tal cosa...! ¡No te juntes con Fulano...! ¡No mires...! ¡No leas...! Evidentemente que no negamos los sanos fines que con todo esto se pretenden; ni siquiera rechazamos categóricamente el método; simplemente formulamos la pregunta, pues nos parece en abierta contradicción con la estructura psicológica juvenil, que en el profundo tratado de Spranger hemos estudiado.

Así como para que un sujeto se libre de un defecto es remedio más eficaz ejecutar actos de la virtud contraria al defecto, que proponerse la abstención de los actos viciosos; así también ha de ser más conducente a la formación de una sana estructura moral en el joven el mostrarle la posibilidad, facilidad, utilidad, grandeza y heroicidad de trabajar valientemente en la consecución de los valores reales y eternos.

Bien está representar a la juventud por una antorcha encendida... Aprovechemos la energía que irradia, esas ansias de valer, mostrémosle que sus esperanzas no son vanas, que para todos hay un puesto, alcanzado el cual la existencia propia adquiere todo su sentido, toda su razón de ser y entra en esa unidad estupenda de belleza y finalidad que la Creación proclama.

Aunque el joven ya haya perdido el brillo de la mirada que cree en la pureza, y en cambio experimente el asco del mundo y de sí mismo, siempre se puede construir de nuevo. ¿«Ya está destruído aquel hermoso mundo soñado? ¡Constrúyelo de nuevo con más magnificencia, reconstrúyelo en tu pecho! ¡Comienza de nuevo con espíritu sereno la carrera de la vida, y suenen en las alturas nuevos cánticos! Sólo la fé recobrada en la vida y en sí mismo ayudará a vencer las fuerzas disolventes». Para esto la principal de las tendencias: la *voluntad libre*, debe ocupar el rango que le corresponde, y ayudada por el peso de motivos verdaderos debe imperar a las demás tendencias. «No puede tenerse la esperanza de edificar el orden de los valores... el mundo ético, sin la voluntad del dominador que se-

ñorea las fuerzas subordinadas, a fin de que prevalezcan las superiores».

El valor del ejemplo es decisivo; vimos cómo el joven toma por modelos ideales a personas a su alcance; ellas encarnarán «lo que se debe ser», en ellas se apoya para palpar la vida; esta dependencia espiritual, que es un verdadero transfundirse el alma del joven en la de la persona directora, idealizada, y el alma de ésta en la del joven, concebida como se desea que sea en el futuro, tiene trascendencia porque el influjo es grande, dado que la persona directora cuenta con todos los elementos para poder ejercerlo: autoridad moral reconocida por el muchacho; la entera confianza del que aún con sus propios padres suele cerrarse; la comprensión elevadora, principal elemento de educación en esta época.

Y en segundo lugar el influjo es grande por cuanto se realiza en la época en que se definen las tendencias del hombre.

Esta dependencia es necesaria; el joven debe tener ese complemento psicológico; ella no puede ser impuesta desde afuera sino reconocida en el interior del muchacho. De estas personas, si realmente desempeñan el papel de directoras y encarnan un ideal, depende «la fé entera de la vida». Pero ellas no son el término, el fin, el ideal definitivo. Frecuentemente al final de la adolescencia llega otra crisis de secesión; el joven reconoce que ha estado sometido a una especie de servidumbre interior, que no ha sido completamente libre, que la persona ideal es de «carne y hueso» como las demás, y esto lo conduce a veces hasta a sentir algo de odio respecto de ella. Esta ingratitud puede ser temporal; en las naturalezas fuertes es más frecuente, es un paso de la evolución; si no aparece, el «guía espiritual», esto es, la misma persona directora, debería facilitarla temporalmente, pues no se trata de que el joven sea una copia, una reproducción, sino de que desarrolle perfectamente su personalidad, con todos sus rasgos individuantes y posibilidades. Por tanto, aunque se requieran imágenes plásticas, sensibles, del ideal, ellas deben ser solamente la representación material y el medio de conocer el verdadero y sumo bien, al que deben tender y en el que sólo y definitivamente, sin riesgos de tardías y dolorosas decepciones, podrán satisfacer las más altas y nobles

aspiraciones las almas jóvenes en busca de destino. ¿En qué plano de vivencias; qué contenido de sentido; qué valor tiene ese bien sumo que se impone a todos los demás, o mejor los contiene en sí mismo a los otros todos en un grado más excelente?

«La humanización no es posible sino en contacto con lo divino».

El desarrollo completo y la armonía de las facultades nos da el «perfectus homo»; pero ese desarrollo y esa armonía deben estar centrados en la que llamamos: VIVENCIA CENTRAL. «La formación de la esencia humana; la controversia del hombre con el misterio que da a la vida su sentido postrero, es en el fondo, un proceso religioso e incluso un crecimiento y actuación de lo divino mismo en el alma».

¿Dónde hallar pues una imagen ideal, de formas concretas que se puedan intuir; de formas humanas que se puedan imitar; de formas puras que nunca decepcionen; de forma divina que llene todos los planos en que damos sentido y valor a los seres? Tal imagen no puede ser otra que la de un «perfectus homo», «perfectus Deus». Tal ideal definitivo solamente lo constituye el VERBO DE DIOS hecho hombre: JESU-CRISTO.

DISCIPULOS DE SANTO TOMAS

Lamentamos el tener que ocuparnos de un tema tantas veces dilucidado y el volver a citar documentos tan notorios y tan ampliamente comentados, pero la importancia del asunto y sus graves consecuencias nos imponen la obligación de insistir una vez más en el mismo tema.

En el tomo primero de la Suma Teológica de Santo Tomás, editada por la Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1947, se hallan divididos los Autores en las Bibliografías en tres grupos: Tomistas, Semitomistas y no Tomistas.

El criterio que se ha tenido para esta clasificación está expuesto en la página 12, en que se dice: «Los autores van clasificados en tomistas y no tomistas. Llamamos *tomistas* a los que en Filosofía admiten, plenamente, las veinticuatro tesis señaladas por la Sagrada Congregación como enseñadas ciertamente por Santo Tomás y como *principia maiora* de su doctrina, en conformidad con los cuales se ordena (cf. can. 1366, 589) que se formen intelectualmente los que aspiran al sacerdocio, y que en Teología siguen fielmente las explicaciones de Santo Tomás...».

No tomistas llamamos a aquellos que rechazan todas o varias de las veinticuatro tesis, y, consiguientemente, se apartan con frecuencia de las explicaciones teológicas que de la doctrina revelada da el Doctor Angélico.

Para mayor precisión y utilidad de los lectores que quieran consultar a los comentaristas de Santo Tomás, añadimos a las dos categorías anteriores una tercera, que llamamos *semitomistas*. Son aquellos que admiten la mayor parte de las veinticuatro tesis, pero fallan en algunas, o no admiten la virtualidad de las mismas en la explicación de puntos fundamentales de la doctrina de Santo Tomás...».

Según eso, para ser tomista hacen falta dos cosas: 1) en filosofía admitir las 24 tesis; 2) en teología seguir fielmente las explicaciones de Santo Tomás. Los que rechazan por lo menos varias tesis de las veinticuatro no son tomistas. Aquellos que admiten la mayor parte, y aún los que las admiten todas, pero que no abrazan «la virtualidad de las mismas en la explicación de puntos fundamentales de la doctrina de Santo Tomás» forman el grupo de semitomistas.

Entre los semitomistas encontramos a Kleutgen, Billot, Boyer y otros varios que lucharon y luchan por el triunfo de los principios de Santo Tomás¹.

Fijémonos en un caso: El P. Boyer en el prólogo a su *Cursus Philosophiae* dice que su firme propósito fué seguir fielmente las opiniones de Santo Tomás

¹ Cfr. Pita, S. I., Una nueva traducción de la Suma Teológica, en CIENCIA Y FE, a. 1948, N.º 16, p. 77 s.